



P. JUAN CANTINI

Rosario - 12 de marzo de 1928

Córdoba - 14 de julio de 2011

Salesianos de Don Bosco, Argentina Norte, Inspectoría Beato Artémides Zatti

P. Juan Cantini : semblanza / dirigido por Ángel Amaya. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Don Bosco, 2020.

44 p. ; 14 x 22 cm.

ISBN 978-950-514-838-7

1. Biografía. 2. Religión Cristiana. I. Amaya, Ángel, dir. II. Título.

CDD 271.0092

P. JUAN CANTINI

Rosario - 12 de marzo de 1928

Córdoba - 14 de julio de 2011

SALESIANOS DE DON BOSCO
ARGENTINA NORTE
INSPECTORÍA "BEATO ARTÉMIDES ZATTI"



EL TEXTO QUE TIENES EN LAS MANOS

Juan Cantini falleció el 14 de julio de 2011, a los 83 años de edad, en la casa “Artémides Zatti” de Córdoba. Sin dudas que es providencial el hecho de que esta semblanza, escrita a 8 años de su partida, se redacte en la ciudad santafesina de Rosario y en la casa salesiana San José. Porque esta es la ciudad en la que Juan Cantini nació y este el colegio del que un día egresó como Bachiller.

Nos asomamos a su vida y a la huella que ha dejado, porque necesitamos hacer memoria de los hermanos mayores y nutrirnos de los valores que vivieron. Más allá de los límites propios de todo ser humano, es innegable que su persona y su acción dejaron una marca muy particular en las últimas décadas de la Argentina Salesiana.

Ya habrán advertido que la presente semblanza no se lee de un tirón. Demanda tiempo. Junto a datos de fechas y lugares, hay aquí una galería de personas que han querido aportar su testimonio y sus recuerdos acerca del P. Cantini. Dentro de un ordenamiento cronológico lo más ordenado posible, es a ellos a quienes leeremos, para asomarnos al perfil de alguien a quien muchos conocimos y mucho le debemos.

En estas páginas, la mayor parte del escenario “geográfico” es el de la anterior configuración de la Argentina Salesiana, dividida en 5 inspeccionías. Y las décadas que están de fondo son las de un profundo cambio cultural, social y religioso en el mundo y por ello también dentro de la Familia Salesiana.

DESDE LA MISMA TIERRA DE DON BOSCO

Juan, como muchos de su generación, era más bien remiso para hablar de sí mismo como de su familia. Revisando papeles y archivos, vemos que para conocer algo de los Cantini hay que remitirse a Italia. Comenzamos por su *abuelo paterno*: Giuglio Giuseppe Cantini, nacido en enero de 1855, en el pueblo de Sueglio (Lombardía). En 1869 se embarcó hacia América con solo 14 años.

Llegó a Buenos Aires y enseguida pasó a Rosario, ciudad que en ese entonces contaba con apenas 23.000 habitantes. Adoptó el nombre de “José”, y así figura tanto en el Acta matrimonial como en los documentos comerciales. Dedicado a la hojalatería, en 1876 se casa con María Cartasso, también italiana, y de ese matrimonio nacen 6 hijos.

Uno de aquellos 6 hijos, José Juan, se casa en 1923 con Valentina Josefa de Agostini y de allí nacen 3 hijos varones. En la casa de la calle Santa Fe 1864, nacieron y se criaron: José Luis (actualmente de 95 años); Miguel Angel y Juan Alberto Francisco, el menor de todos, nacido el 12 de marzo de 1928.

LA PROXIMIDAD A LOS SALESIANOS

Hay numerosos datos que hablan del vínculo cada vez más estrecho que se fue dando entre la familia Cantini y la Congregación Salesiana. El primero es la llegada de los salesianos a esta ciudad de Rosario en 1890. Por las aulas y los patios de ese colegio pasará más de un Cantini.

El segundo dato consta en el Libro Parroquial: a la semana de haber nacido, Juan es bautizado en la Parroquia “María Auxiliadora”.

El tercero, si se quiere más pintoresco, es que José -todavía soltero- viajó a Italia para conocer la tierra de sus mayores. Sueglio está a 70 km de Milán. En el marco de ese viaje y porque ya era y se sentía

todo un exalumno salesiano, visitó en Turín al Rector Mayor, Don Miguel Rúa, el cual al final de la charla que mantuvieron, lo invita a almorzar para el día siguiente. Era el año 1906.

El P. Juan hablaba con gusto de este episodio, porque él había recibido de su propio padre el testimonio de que el primer sucesor de Don Bosco era alguien paternal y amable. Recordemos que durante mucho tiempo la imagen de Don Rúa se asoció a la de un hombre austero y de gran apego a la regla y por eso mismo no tan “simpático” como Don Bosco.

Y otro dato más: una de las tías del P. Juan, María del Pilar, perteneció al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, pero antes de cumplir 30 años falleció de tuberculosis.

ALUMNO DEL COLEGIO SAN JOSÉ

Juan recibió la Primera Comunión el 4 de octubre de 1934. Ingresó al colegio San José el 1 de marzo de 1939. Su director era el P. Santiago Musante y la casa se preparaba a festejar el cincuentenario de su fundación. Un colegio que se mostró desde los inicios como una obra muy pujante. Basta pensar que por aquellos años la comunidad estaba integrada por 31 salesianos. Enrique Sobrero, compañero por ese entonces de Juan, aunque pertenecía a otra sección, recuerda que era por todos conocida la brillantez intelectual de Cantini y su carácter sobresaliente en muchos aspectos.

Cuando Juan egresa en 1945, recibe la medalla de oro como mejor Bachiller entre los jóvenes del 5to Año Nacional. La recibe de manos del Director de aquel momento, P. Blas María Prieto. Y ese gesto simbolizaba también la bienvenida oficial al Centro de Exalumnos de Don Bosco. En su discurso de agradecimiento Juan reconoce que todo lo recibió a través de dos vertientes: la fe y el amor de sus padres y la formación del colegio salesiano.

EL LLAMADO A SER SALESIANO

Leamos lo que José Luis, el hermano mayor de Juan, nos comparte: *“La vocación salesiana y sacerdotal de “Juancito” –así lo llamamos siempre en la familia– se manifestó en él muy tempranamente, antes de terminar la escuela primaria. Cuando se lo dijo a nuestros padres, éstos aprobaron sin reservas su decisión, pero le pidieron que antes de abandonar la casa paterna concluyera sus estudios escolares.*

Y, cuando concluyó la escuela primaria, ese pedido se amplió a la secundaria, lo que fue, sin duda, una manera de poner a prueba la firmeza de su vocación. Juancito accedió al pedido paterno, pero, a partir de entonces comenzó a incorporar a su vida estudios y hábitos propios de un aspirante a salesiano. Por una parte, continuó con la vida de familia y de alumno destacado del colegio San José, conviviendo con sus padres, hermanos, tías, amigos y compañeros, y por otra, sus directores espirituales fueron iniciándolo personalmente en la formación básica, oral y escrita, de todo aspirante.

En su mesa de trabajo diario se mezclaban los libros escolares con los propios de su vocación salesiana. Nunca hubo contrastes ni conflictos entre ambas vidas. Años más tarde, en la edad en que afloran los recuerdos más lejanos, confesó que, gracias a esa prolongación no prevista de su vida familiar, pudo gozar durante más tiempo de la entrañable cercanía de su mamá.

Apenas terminó la escuela secundaria, Juancito ingresó formalmente en las sucesivas casas de formación”.

LOS INICIOS DEL ITINERARIO SALESIANO

En la localidad cordobesa de Los Cóndores, Juan comenzó su noviciado el 5 de febrero de 1946. Su maestro de novicios fue el P. Cristóbal Brissio. Realizó su primera profesión religiosa el 6 de febrero de 1947. Después de profesar, y por varios años pasó a la emblemática obra de Vignaud: primero como estudiante de Magisterio y de Filosofía, y luego como tirocinante y maestro. Prestemos atención a algunos testimonios:

Del P. Edgardo Zenklusen: *“En el año 1949, era aspirante en Vignaud con 50 compañeros, alumnos de 6° grado. El trienista Juan Cantini era nuestro maestro. Todos lo queríamos mucho y era como un hermano. Nos llamaba “Gaudium meum et Corona mea”, (mi alegría y mi corona). De ese grupo llegamos 10 al sacerdocio. En 1999 cuando cumplimos las bodas de oro del sexto grado, nos juntamos en Vignaud y él nos acompañó y presidió nuestro reencuentro. Nunca lo olvidaremos. Siempre afable, sonriente, sabía valorar a cada uno y acompañarnos como un verdadero Padre”.*

Del P. Pablo Kolomi: *“Cuando llegué al Aspirantado de Vignaud, en 1951, con 11 años, de entrada me llamó mucho la atención la serenidad, y sobre todo la dedicación que Juan Cantini ponía en todos los detalles de lo que hacía; la claridad con la que hablaba; su capacidad de observación como asistente, y la concentración cuando rezaba. El era encargado de 6° grado, y yo estaba en 5°. Siempre me llamaba por mi nombre en eslovaco: ‘Pavel’, y aunque no sobresaldría nunca como deportista, siempre nos acompañaba en los recreos y deportes”.*

Sabemos que el P. Cantini lejos estuvo de ser un hábil deportista. Todo lo que hizo en dicho terreno fue por fidelidad a su opción primera: la de estar y compartir con los chicos aquello que a ellos les gustaba. En una ocasión le pregunté si acaso era hincha de algún club de fútbol. Sin tener que aclararme que nunca fue un fanático, reconoció que como hincha fue pasando de un club a otro, atento a ver cuál era el equipo que más se identificaba con las clases populares; así es como fue “canalla” con los de Rosario central, hincha de Boca Juniors en otro momento, y también pasó -como tantos salesianos argentinos- por San Lorenzo, porque era el club fundado por el salesiano P. Lorenzo Massa. Por eso, cuando Juan elegía ser hincha de un club no estaba tan pendiente de los jugadores ni de la cancha, sino de quiénes integraban su hinchada, para ver hasta qué punto eran los destinatarios preferenciales de Don Bosco.

LA ORIGINAL RIQUEZA DEL SALESIANO JOVEN

Desconozco si alguna otra Congregación, además de la nuestra, dedica un artículo de sus Constituciones, a sus miembros más jóvenes.

Seguramente lo hacemos —el artículo lleva el número 46— porque hay que reconocer que ante los destinatarios, los salesianos en plena juventud, irradian con una fuerza del todo especial el atractivo y la validez del carisma. A más de un pibe le pasó eso en Vignaud al entrar en contacto con un Juan Cantini de apenas 20 años de edad.

Por eso no extraña el testimonio que comparte el P. Alejandro Pujalski: *“En el Aspirantado de Vignaud tuve la inmensa suerte de compartir tantas actividades propias de un adolescente de 14 años bajo la guía de este gran salesiano, al que pude ver con todo el entusiasmo y alegría de estar estrenando su vida y actividad salesiana.*

Lo tuve como Maestro de 6to Grado, dándonos todas la asignaturas; y la más importante de todas era Religión, con los famosos certámenes catequísticos. En una sana competencia él se desvivía para prepararnos y así ganar el certamen. Sabíamos casi de memoria el grueso libro de Religión y el Catecismo de 360 preguntas. Lo sabíamos tan bien que era muy difícil hacernos caer en algún error.

Cantini hacía vivir fervorosamente las celebraciones litúrgicas del año. Era muy creativo para lograr en nosotros el espíritu de piedad, estudio y alegría. El pizarrón y los cuadernos estaban llenos de mensajes de esas fiestas salesianas y marianas. Organizábamos las Academias o Actos Escolares donde competíamos en honrar a la Virgen María con poesías, redacciones, concursos de dibujo... Y el alma de todo ello era el Trienista Juan Cantini.

Era también el Asistente de los más chicos. Animaba nuestros recreos y paseos. Y no se dejaba ganar por nadie en estas competencias. Jugaba, corría, alentaba, corregía en privado nuestros desbordes verbales o de conducta. En los paseos de todo un día que mensualmente se realizaban en el Aspirantado, recorríamos kilómetros a pie, cazando liebres y perdices con palos y boleadoras. Algunas veces entrábamos en campos sembrados de algunos vecinos, y subíamos sobre los tractores que el dueño guardaba en grandes galpones. Y cuando llegaba el dueño montado en su caballo, el que recibía la reprimenda era el Asistente Juan Cantini. Soportaba el chubasco, y después comentábamos humorísticamente la aventura, con la complacencia de nuestro querido Asistente.

En una de esas salidas caminamos 30 km para llegar hasta Mar Chiquita. Allí nos metimos al agua, que era tan salada que flotábamos en

ella. En esa época no había mallas de baño, así que nos metíamos con la ropa que llevábamos puesta; y el Asistente se metía con su sotana gris puesta. Cuando salíamos del agua, nos secábamos al sol; pero la sal convertía nuestra ropa en sacos duros. Imaginemos cómo quedaba la sotana del Asistente, hecha un toldo. Menos mal que había familias que tenían agua dulce y nos permitía enjuagarnos un poco. Juan Cantini se sometía a todo esto con tal de tenernos alegres, permitiéndonos estas travesuras y participando de ellas como un adolescente más. Un tirocinante como Juan Cantini fue para nosotros un gran regalo y bendición de Don Bosco”.

Siempre en tierra cordobesa, pero esta vez en el Instituto Villada, Juan pasó a estudiar Teología. En el transcurso del primer año, realizó la profesión perpetua; al pedir ser admitido a la misma escribió: *“Después de haber pasado como salesiano 6 felices años bajo el techo de Don Bosco –los más hermosos de mi vida– solicito a la Congregación el favor de poder emitir la profesión perpetua”.* La realizó el 21 de noviembre de 1952.

Y fue el 7 de agosto de 1955 el día en que Mons. Fermín Lafitte lo ordenó presbítero, en Córdoba. Celebró su primera misa en la parroquia María Auxiliadora de Rosario. Su lema de ordenación fue *“Cor Jesu Sacratissimum: adveniat regnum tuum!”* (Corazón de Jesús Sacramentado, venga tu Reino!).

A SEGUIR FORMÁNDOSE EN LA TIERRA DE DON BOSCO

Que la ordenación sacerdotal tuviese lugar tan a comienzos de agosto se debió a que, vistas las aptitudes de Cantini, los superiores ya habían pensado en él para enviarlo a estudiar “Derecho Canónico” en el PAS, Pontificio Ateneo Salesiano, viviendo en la comunidad de “La Crocetta” en Turín.

Así obtuvo primero la licenciatura y luego el doctorado, etapa que se cerró en 1959. Pero los superiores mayores dispusieron que el P. Juan quedase en aquella universidad dictando clases; la facultad pasó a Roma y allí permaneció entonces el joven profesor hasta mediados de 1969.

En ese lapso, en 1961, nos comenta su sobrino Francisco: *“El tío Juancito visitó Sueglio, el pueblo de su abuelo, donde en colaboración con los parientes realizó el árbol genealógico de la familia Cantini”*. Sobrinos de Juan conservan con cariño las postales, cartas y saludos que periódicamente enviaba Juancito desde Roma. Todos sus mensajes estaban impregnados de mucha delicadeza pero a la vez de ese tierno cariño que brota de uno cuando los seres más queridos estaban tan lejos.

Hemos podido recoger diversos testimonios que hablan de aquella etapa de la vida del P. Juan, una etapa que lo tuvo por una década y media en la patria de Don Bosco y muy a mano de los cambios radicales que asomaban en la Iglesia, en torno al Concilio Vaticano II (1962-1965).

Del P. Pascual Chávez, que sería el noveno sucesor de Don Bosco: *“Los recuerdos que tengo del P. Cantini se remiten al año 1966, época en que yo hacía el filosofado. Estando en la casa de vacaciones vino a visitarnos y todos quedamos maravillados de su gran simpatía y bondad, de su connatural sencillez, de su memoria privilegiada y de su gran amor a Don Bosco.*

Después tuve la gracia de encontrarlo muchas veces, siendo Inspectores los dos y en ocasión del Capítulo General. La última vez que lo vi fue en San Nicolás, en la solemnidad de Don Bosco de 2010, cuando tras el rediseño dábamos inicio a las dos nuevas inspectorías argentinas. Yo no podía ocultar mi gran estima, mi admiración y agradecimiento hacia su persona. Enterado de su muerte enseguida sentí que era un día de gloria para la Congregación, y sabía que lo íbamos a echar de menos y que nos haría mucha falta. Nos toca recoger su testimonio y su rica herencia espiritual”.

UNA ESCUCHA QUE ABRE EL PROPIO CORAZÓN

Un salesiano argentino, el P. Benjamín Stochetti, recuerda de sus años de estudio en Roma: *“Mi primer encuentro personal con Juan Cantini fue un día después del almuerzo en que me vió tristón... Se me acercó y luego de confiarle el motivo, vale decir, una nostalgia increíble y una desazón muy amarga porque el Superior Mayor de Formación había anulado el proyecto de mi licenciatura en teología y cambiado la de*

Ciencias de la Educación por Filosofía por la urgencia de mejorar nuestro postnoviciado... Cantini trató de motivar los cambios intentando reanimarme con ‘Sabés que también yo al principio sufrí un montón la lejanía de la patria y de la inspectoría...’

Apenas terminados sus estudios en la Facultad de Derecho me contaba que se le había retenido en el Pontificio Ateneo Salesiano, pero con la promesa de que era sólo por un año... Se lo multiplicaron por diez y no fue tan fácil que lo ‘soltaran’ para elevar el nivel académico del Instituto Teológico Internacional de Villada, de Córdoba.

Si la memoria no me traiciona, fue en su partida hacia Argentina cuando en la Estación “Términi”, frente al Sacro Cuore, se habían dado cita cantidad de jóvenes universitarios visiblemente emocionados ante la partida de ‘Don Cantini’ con quien se dirigían espiritualmente...

En la Universidad sin ninguna duda, Cantini era de los docentes más queridos por todo el mundo: sus colegas de todas las facultades, de diversas edades y tendencias conciliares, posnovicios y sacerdotes jóvenes, alumnos y oratorianos del Sacro Cuore, Hijas de María Auxiliadora a cargo de la cocina y lavandería, jóvenes universitarios romanos, empleados ... Su inteligencia, su testimonio pastoral salesiano, la serenidad simpática y alegre que irradiaba su sonrisa permanente, disolvía todas las diferencias..”.

Uno de sus exalumnos, el P. Luis Gallo dice: *“Fue mi profesor de Derecho al inicio de la Teología. Veía en él un modelo de vida salesiana abrazada con entera coherencia y fidelidad. Después la vida nos llevó por distintos caminos, pero conservé el recuerdo de alguien a quien considero un gran hombre y un gran salesiano”.*

SALESIANO, DENTRO Y FUERA DEL AULA

Lejos de ser sólo el brillante profesor en el aula, Cantini era salesiano en todas partes. Así lo recuerda Mons. Marcelo Melani: *“Conocí al P. Cantini cuando fui enviado como tirocinante al Oratorio de la Crocetta, que funcionaba juntamente con la Facultad de Teología del PAS. El enseñaba Derecho Canónico, y era tan estimado como profesor que todos sabían que los estudiantes estudiaban con más gusto el Derecho que el Dogma.*

Junto con Don José Quadrio fueron los dos únicos docentes que se preocuparon por los tirocinantes, por aquellos que hacíamos de “perros del cortil” cada tarde en los patios de la universidad. Recuerdo que estaba un día, después de almuerzo, poniendo en condiciones un metegol, y ambos profesores se acercaron, me preguntaron de mi vida, de cómo estaba y me sentía. Los domingos por la tarde celebraba Misa en la parroquia diocesana del barrio y tenía un grupo de muchachos que lo estimaban mucho. Tanto lo querían que cuando falleció su mamá comenzaron a hacer una colecta entre la gente de la parroquia para ayudarlo con el pasaje, de modo que asistiera al entierro de su madre en Argentina”.

Ya había desarrollado la enorme capacidad de escucha que le conocimos. Y siempre con sumo respeto. ¡Cómo olvidar su clásica pregunta “¿Pero ... a vos te parece?” cada vez que alguien le proponía alguna cosa que no sonaba muy atinada o conveniente!.

EL REGRESO A LA ARGENTINA

Después de diez años de docencia, y habiendo entrado en contacto con numerosos salesianos de todos los continentes, manifestó una vez más su deseo y disponibilidad para lo que se le pidiera. Sintió el deseo de ser misionero. Con todo lo grande que es el mapamundi ... el Rector Mayor pensó al P. Cantini para que esté al frente del Noviciado en **Manucho** (Santa Fe), misión que cumplió por dos años, 1969 y 1970. Y para la que se preparó realizando en Italia, antes de retornar, los Ejercicios Espirituales Ignacianos. Después, ante la partida del P. Juan Vecchi a Roma, los Inspectores de Argentina le pidieron que sea el director de los estudiantes de Filosofía en **Viedma** (Río Negro).

Nunca fue sencillo ser formador de estudiantes de Filosofía, y probablemente tampoco lo haya sido a inicios de los 70. Uno de los formadores que acompañó al P. Cantini, el P. Angel Butto recordaba: *“El notable esfuerzo que Juan Cantini hacía por dominar su carácter, por mantener la calma, era evidente que le costaba entender o aceptar ciertas modas o libertades. Pero terminaba venciendo siempre el hombre noble y bueno que era”.*

EN LA INSPECTORÍA “SAN FRANCISCO JAVIER”

El Rector Mayor, Don Luis Ríceri, lo nombra como *inspector* de la Inspectoría “San Francisco Javier” que con sede en *Bahía Blanca*, abarcaba toda la Patagonia septentrional. Su servicio irá desde 1973 a 1978. Eran años críticos para la Iglesia y por ende para la vida religiosa. También los salesianos estábamos ocupados en aplicar las orientaciones del Concilio Vaticano II a las propias Constituciones. Por eso fue necesario un CGE, un Capítulo General Especial.

Desde allí se entiende lo que nos comparte el P. Vicente Tirabasso: *“El P. Juan Cantini debió afrontar la aplicación del CGE a la Inspectoría e impulsar una fuerte renovación de las obras, pasando de un esquema netamente escolar a otro con fuerte presencia de la pastoral asociativa. Al mismo tiempo, sus reflexiones y sus insistencias en todo lo que redundase en una mayor vivencia de la vida religiosa, creo que nos marcaron a muchos, rasgo que volvió a quedar evidenciado cuando fue Maestro de Novicios.*

*Una de sus obsesiones también fue la pastoral vocacional, como lógico des-
emboque de la pastoral juvenil, aunque urgido por los primeros síntomas
de la reducción del número de vocaciones religiosas y la merma en la lle-
gada de misioneros a la Patagonia, puesto que con el CG21 se abría el
“Proyecto Africa” a nivel congregacional.*

*Si bien yo era un joven posnovicio salesiano, supe que comenzó con las
primeras decisiones importantes en orden a la redimensión, priorizando
todo lo que significase ir al encuentro de los jóvenes más pobres. En este
sentido, también apoyó fuertemente la dimensión misionera entre los her-
manos mapuches, aunque debió luchar bastante para que fuese realizado
desde comunidades y no como empeño meramente personal de algunos
hermanos... Creo que en esto, a pesar de sus ingentes esfuerzos, no obtuvo
los resultados deseados...”*

El P. José Del Col recuerda: *“Había empezado a conocer al P. Cantini
en Villada, en 1952. Y comencé a apreciarlo. Luego en su servicio de ins-
pector me tocó acompañarlo como consejero Inspectorial. Su vida ha sido
un regalo de Dios para nuestra Familia Salesiana. Lo recuerdo como una
persona intachable, noble, cordial, amable, y como salesiano, modelo de
fidelidad, de coherencia”.*

Transcribo algo más del testimonio de Mons. Marcelo Melani, pero ahora desde su vivencia ya como misionero en la Patagonia: *“Cuando llegué en 1971 a Argentina el P. Cantini estaba como director en Viedma. Enseguida después fue nombrado Inspector y me pidió que fuera director y párroco en Esquel, cosa que inútilmente rebusé... Durante esos años visitó muchas veces, aún fuera de la visita anual, esa comunidad que era entonces una de las más alejadas y de más difícil acceso de la Inspectoría. Llegaba en coche, siempre con algo para compartir, en particular frutas y dulces.*

Una de las actitudes que mayormente recuerdo es su preocupación por las vocaciones. Bastaba comunicarle que había un chico con inquietud para que buscara la forma de acercarse y de hablarle. Otra característica que me quedó grabada es su capacidad de escucha y de aceptación de las propuestas que podíamos presentarle. En unos Ejercicios Espirituales, junto con otro sacerdote joven fuimos a hablarle para compartir una idea que nos había venido: poder trabajar como “curas obreros” por algunos años, ya habíamos pensado el lugar y la comunidad... Nos escuchó con atención y al final nos dijo: “Me parece muy linda la propuesta de ustedes, pero conociendo la escasez de salesianos en la inspectoría podemos hacer así: ustedes que son italianos procuren que vengan otros dos curas italianos y yo les doy el permiso para esa buena experiencia”.

Otro momento lindo fue cuando vino en el primer año de Inspector a Esquel. El padrecito que visitaba los pueblos del interior había ido por un responso a la localidad de Rio Pico a 260 km de distancia, donde pensaba quedarse unos días de misión. Pero Cantini no podía esperar, por eso me pidió que buscara un vecino que me prestara la camioneta para ir a su encuentro. Lo hice y a unos 50 Km de distancia la camioneta se paró y no hubo manera de arrancarla. Allí nos quedamos sin auxilio (no existían los celulares!..) esperando que alguien pase, por suerte pasó una familia que iba justo a ese entierro y lo llevaron a Cantini que pudo sorprender al misionero que estaba rezando el rosario y que se dio cuenta que alguien distinto estaba presente cuando lo escuchó sumarse al rezo con voz fuerte y firme. Hasta allá había llegado el P. Cantini. Cada hermano era importante. Él quería ver y escuchar a todos”.

Mons. Esteban Laxague, obispo de Viedma, estaba también entre las jóvenes vocaciones de aquella inspectoría, y recuerda: *“Con el acompañamiento del P. Cantini ingresé al Noviciado de Manucho en*

1975. Recuerdo aún sus charlas en la preparación al Noviciado. Doy gracias a Dios por el don de este padre y hermano, y le pido que nos ayude a nosotros a vivir así la vida, con un amor apasionado por las cosas del Padre al estilo de Don Bosco”.

Juan Danzi (actualmente integrado a la casa salesiana de Mar del Plata) nos testimonia: *“En Bahía Blanca, un grupo de Jóvenes Exploradores del Batallón 27, en el año 1972/73, estábamos buscando nuevos caminos, que actualicen el Movimiento de Exploradores. El P. Juan, se comprometió con nosotros, nos alentó, nos hizo lugar en todos los espacios y reuniones posibles, nos asesoró, nos aconsejó, y fue uno de los cinco Inspectores que aprobaron los Principios Doctrinales del Movimiento.*

Lo recuerdo con su “porte”, de energía y fortaleza, pero con una profunda reflexión sobre el Evangelio, Jesús y Don Bosco. Sus visitas eran muy queridas y valoradas en nuestros Batallones de la Patagonia. Personalmente guardo un cariño entrañable y un respeto por su autoridad y sabiduría”.

Así como aquellos eran años críticos para la Iglesia y la vida religiosa, también lo eran en el plano social y político. Igual que muchísimos laicos y jóvenes, también religiosos fueron “marcados” y perseguidos por la represión militar. Así fue que en una incursión violenta, intentando asesinar al P. Benito Santecchia, por error, a quien mataron fue al P. Carlos María Dórnak, de 51 años. Al P. Cantini le tocó comunicar la tremenda noticia a la hermana del P. Carlos. Siempre citaba cómo le admiró la fe y la fortaleza de aquella mujer ante la injusta crueldad que se llevó la vida de su hermano. Lloró como padre y como hermano la muerte de Dórnak, al que había tratado en los años de estudio de Derecho en Roma.

El año 1978 fue el año del CG21, al que asistió el P. Juan y donde se muestra tan activo y claro como siempre. Ese Capítulo General elige como Rector Mayor a Don Egidio Viganó. Durante el mismo año, muere Pablo VI, y tras un breve pontificado de Juan Pablo I, ocupa la sede de Pedro el primer Papa no italiano, Juan Pablo II.

Es el año del Campeonato Mundial de Fútbol, jugado en Argentina, y que ve a nuestra selección coronarse como campeón, festejo que quedará para siempre empañado de un dudoso trasfondo político.

Ese año, y volviendo a un plano muy diverso y que es el del mundo

salesiano, los cinco inspectores de Argentina estaban buscando una nueva sede para el Noviciado. Ya no sería Manucho (ubicado en la llanura santafesina y de difícil acceso) , sino la casa “San Miguel” en La Plata (Buenos Aires). Y se pusieron a la búsqueda de un nuevo maestro de novicios, que reemplace a “Finito” (como le decían al querido P. Rafael Ruiz). En el diálogo entre inspectores salió enseguida el nombre del P. Juan, quien aceptó gustoso volver a prestar ese servicio.

EN LA INSPECTORÍA “NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN”

El P. Cantini fue *maestro de novicios* desde **1979 hasta 1987**, en el noviciado de **La Plata**, ciudad sede de la más joven de las inspectorías argentinas. Los novicios estaban en la casa “San Miguel”, en la calle 44 esquina 135.

Recuerda Mario Varela, sanjuanino, integrante del primer grupo de novicios que llegó a La Plata: *“Llegábamos después de un largo viaje, todos cansados y nos recibió allí, en la puerta de ingreso, nada más y nada menos que el Padre Maestro. Fuimos entrando, y yo veía que nos daba la mano, nos daba un abrazo y nos saludaba a cada uno por nuestro nombre. Cuando llega mi turno, la sorpresa fue que me dijo: “vos sos el negro Varela”, y me abrazó y me dijo: “Don Bosco te espera”. Por supuesto que quedé helado. ¿Cómo supo que yo era el Negro Varela?”*

Hoy con el recurso de las redes sociales se facilita mucho más la posibilidad de conocer por foto a alguien. En aquella época había que querer tomarse el trabajo de informarse antes. Y doy fe de que así de personalizada fue la bienvenida a los 42 novicios de ese primer grupo de 1979. Tan famoso se volvió en esto de memorizar nombres y reconocer rostros, que más de una vez se le preguntó si tenía algún truco o técnica para lograrlo. Juan con sencillez respondía: *“cuando se quiere, es así; no hay otro secreto”*.

FORMACIÓN HUMANA Y CRISTIANA

Como maestro, y viendo nuestra orientación hacia la vida salesiana, el P. Cantini nos insistía en la valoración de la propia historia personal, con sus más y sus menos. Con suma delicadeza nos invitaba a una integración positiva y a una lectura de fe de todo lo vivido. En una de sus clásicas conferencias vespertinas, hablando de sí mismo nos dijo: *“Yo tengo ya 51 años. Si en un juego de pura imaginación, alguien viniera y me dijera que tengo el poder de retirar del almanaque de mi vida aquellos días que me resultaron más dolorosos o negativos, la verdad que yo no sacaría ni uno solo de los días de mi vida. Hubo momentos muy duros, lo reconozco pero, les soy honesto, no tocaría ni cambiaría nada. Por algo Dios ha querido o permitido cada cosa que me tocó vivir”*.

Igualmente insistía mucho en la necesaria formación cristiana antes aún que la salesiana. Estaba persuadido de que *“al buen salesiano lo tenemos que formar sobre el buen cristiano”*. Y en más de un momento de sinceramiento reconocía: *“No me cuesta entender que haya quienes luego de un discernimiento digan con franqueza: ‘lo salesiano no es para mí’, algo totalmente natural, pero que además de eso, a la vez se alejen de todo lo que es la fe y los sacramentos, eso es algo que me desconcierta. Me genera un profundo interrogante”*.

Leamos el testimonio del P. Benjamín Stochetti: *“Era evidente el recuerdo agradecido de quienes tuvieron la suerte de contar con él como maestro, en un año tan decisivo del proceso vocacional. Era uno de los más entusiastas promotores y defensores de la vocación del Salesiano Hermano; el P. Cantini percibía claramente el riesgo de que la identidad carismática se desdibuje si seguía disminuyendo el número y la presencia de salesianos hermanos; como para rubricar lo insinuado, el Rector Mayor, Don Egidio Viganó nos decía a los inspectores de Argentina: ‘ustedes tienen un Maestro de Novicios de lujo’”*.

El Hno. José Sobrero, novicio en 1981, reconoce haber visto en el P. Juan a *“un salesiano que sabía recurrir a la autoformación y actualización, cualidades de las que todos nos beneficiamos. Lo escuchamos en sus homilías, en sus clases de italiano, de vida cristiana, de salesianidad y especialmente en su conferencia diaria de Maestro de Novicios. Poseía una inteligencia brillante que explicaba con claridad la Palabra de Dios, las verdades de fe, el Derecho Canónico (su especialidad académica), la*

vida de Don Bosco, la dinámica de la Congregación Salesiana, el Magisterio de la Iglesia y tantos temas y materias que preparaba con orden y atención. Al padre Juan Cantini le debemos esta “piedra firme” del contenido intelectual que supo transmitir con responsabilidad y excelencia. Su ejemplo es una invitación a ser nosotros también muy serios en el estudio, en la especialización y en la trasmisión de la verdad”.

El salesiano brasileño, P. Luiz Piccoli, comenta: *“Cuando en 1981 fui nombrado maestro de novicios en la inspectoría de Sao Paulo, sentí la carga pesada de la responsabilidad y la necesidad de una formación específica y urgente para dicha tarea. Le pedí al Rector Mayor que me iluminase sobre qué hacer. Me respondió inmediatamente: ‘vete al noviciado donde se encuentra el P. Cantini y quédate dos semanas a su lado’. Sabio consejo que derivó en una valiosa experiencia.*

Poseía un perfil tan original de la vocación y el carisma salesiano, que desde mis experiencias compartidas con él, siempre lo consideré como una verdadera columna, un modelo de presencia y de acción, al menos para los salesianos de América Latina. Un hombre, salesiano y formador con impronta original. Fiel al carisma del Fundador.”

En 1982 tuvo lugar el conflicto de Malvinas, con el gobierno militar y su intento de recuperar por la fuerza las islas del Atlántico sur. Francisco Guevara le oyó decir a Juan: *“Se está cometiendo un error gigantesco. La violencia nunca puede ser la solución a ningún acontecimiento”.* Aquí se revela un aspecto muy presente en las intervenciones de Juan: su medida, su tendencia a sopesar lo más posible los hechos sin dejarse llevar por impulsos o euforias.

En ese sentido, el Hno. Gastón Fontaine tiene presente: *“Entre la variedad de facetas, destacaría la sensibilidad y prudencia, la calma, la espera, en escuchar la Voz soberana del Espíritu. Era una disposición natural y a la vez trabajada. Algo cultivado sin duda con tiempo, oración y trabajoso empeño. Hasta cada tiempo litúrgico de la Iglesia tenía para Juan un matiz especial, no teórico, sino que lo llevaba a escuchar con una actitud distinta la voz del Espíritu. En eso se mostraba como hombre de Dios.*

Esto lo pude constatar en primera persona cuando le expuse mi intención de consagrarme como salesiano coadjutor. No decidía de improviso. Procuraba leer señales. Señales claras y abundantes. Y después de consta-

taciones en la fe' procedía con total determinación. Buscaba en todo coincidencias. Gestos que hablasen de la providencia de Dios presente en lo ordinario”.

María Cristina Martínez -actualmente en la obra de Uribelarrea- nos transmite algunas de sus impresiones: *“Hice mi práctica de Trabajadora Social en 3ro y 4to año estudiando en La Plata. Por mi cercanía a la Obra Salesiana elegí la Sede de Cáritas en la parroquia San Juan Bosco de la Casa de San Miguel. Allí conocí al P. Cantini. Recuerdo su caminar por el patio charlando con los jóvenes y su Misa dominical, celebrada siempre con buena disposición y amabilidad.*

En mi contacto con los novicios (venían a Cáritas a ayudarnos con las decenas de bolsones y las charlas) ellos hablaban elogiosamente del Maestro. Era buen consejero, sabía escuchar, acompañaba celosamente cada discernimiento vocacional.

Recuerdo especialmente una tarde soleada que me acerqué luego del trabajo en la parroquia, a mirar junto a él un partido de fútbol que jugaban los novicios. Allí comprendí que para el salesiano aquello es mucho más que mirar fútbol. Me explicó: “el juego es el mejor momento para conocer a los muchachos, nada se puede ocultar ahí, allí aparece el carácter de cada uno”. Muchas veces en mis 30 años de ejercicio profesional recordé esta enseñanza. Lo puse en práctica observando a los jóvenes jugando en las canchas de clubes y escuelas, para conocerlos mejor y poder ayudarlos”.

Muchos salesianos acompañaron al P. Maestro en el equipo de formadores. Uno de tantos fue el Hno. Andrés Randisi: *“El Inspector me dijo que el P. Cantini quería que lo ayudase como ecónomo. Allí fuimos. Fueron tres años muy llenos junto al Maestro Jorge Botta, los Padres Eugenio Rolheiser, Roque Pevere, Carlos Balmaceda, el Hno. Héctor Rossi... y la orientación precisa del P. Juan, con el que nos ayudábamos mucho. Siempre experimenté de su parte una enorme confianza y creo haberle respondido de la misma manera”.*

El P. Juan integró por esos años el Consejo Inspectorial de La Plata, inspectoría que abarcaba parte de la provincia de Buenos Aires y toda La Pampa. Y así también se entiende que en 1984, fuera elegido como delegado de la inspectoría al CG 22, que abordaría la aprobación definitiva de las Constituciones Salesianas. Volvemos a leer el testimonio del P. Benjamín: *“No es de extrañar que años después,*

para más de un Capítulo General, se lo haya seleccionado para integrar comisiones precapitulares, o ser uno de los moderadores y por la cantidad de exalumnos suyos haber obtenido cantidad de votos en las elecciones.

Recuerdo muy bien que los tuvo para ser nombrado Vicario del Rector Mayor, Consejero para la Formación y Regional. En este último caso convocó a nuestra Región y con la serena firmeza que lo caracterizaba nos pidió o demandó que no lo hiciéramos; por respeto y afecto renunciábamos a nuestra preferencia. No recuerdo sus términos pero en más de una ocasión me confiaba que él sentía la realización de su misión con una fuerza especial como Maestro de Novicios y que “el don de la predilección por los jóvenes” prefería vivirlo de forma directa y concreta, y no detrás de un escritorio y menos en los estrados superiores de la Congregación”.

A la Hna. María Haydée del Piero HMA, el P. Juan le pidió que dictara algunas clases a los novicios sobre la vida de Madre Mazzarello y la historia del Instituto: *“Me llamó la atención su delicadeza de trato y su interés por todo lo nuestro, y su preocupación para que los novicios conocieran nuestro Instituto. También valoré mucho su sencillez y fraternidad, su acogida y disponibilidad para acompañarnos en esa tarea”.*

Rescato todavía algunos recuerdos del P. Fernando Goicochea, novicio durante el año 1986: *“El año anterior a mi noviciado, conocí al que sería mi Maestro. Vino a Córdoba con los novicios para el Encuentro Nacional de Jóvenes de 1985. Desde el primer momento lo vi como un hombre bueno, que mostraba un cordial interés por cada uno.*

Y también con nosotros, al llegar en febrero al noviciado, tuvo el gesto de saludarnos conociéndonos ya por el nombre. Una actitud suya que ya era leyenda, porque ha tenido la delicadeza de conocer por el nombre a infinidad de personas con las que trató.

También lo recuerdo en la capilla, sentado en el segundo banco de la izquierda, pero bien del lado del pasillo. Allí, en silencio orante. El tiempo de meditación que hacíamos juntos, él estaba con nosotros, y con Él. Su ejemplo hablaba más que tantas bellas palabras que nos decía.

Lo llegué a conocer profundamente en ese año. Se enojaba con cierta facilidad, y le venían los colores al rostro. Pero se dominaba —a veces impresionaba que heroicamente—, y guardaba en su interior esas cosas, para

no maltratar a nadie. Luego, en el momento oportuno, hacía la corrección necesaria —ya pasada la borrasca...—. Por ejemplo, pasaba cuando alguien se atrasaba para el inicio de la conferencia.

Me quedó grabado su compartir con los novicios un partido de vóley. En la cancha que da a la derecha de la galería que llevaba al comedor: se notaba que “no tenía idea” de vóley. Pero, precisamente por eso, a mí me quedó más claro que estaba ahí por compartir con nosotros, por acompañarnos.

Más allá de estos recuerdos tan caseros, quiero subrayar su alma grande. Insistía: “hay que ensanchar siempre más el corazón como para que entren siempre más personas en él”. Austero y sencillo, tenía tantas veces prendas gastadas por el uso. Nunca le vi objetos “de nivel”, de marca. Y nos invitaba a poner todo lo que recibíamos en común.

Procuró ponernos en contacto con la riqueza de la vida eclesial. El arzobispo de La Plata, los monasterios de vida contemplativa, distintos testimonios de vida salesiana y misionera; la misa con los neo-catecúmenos.

Amaba profundamente a don Bosco y la congregación. No perdió oportunidad de darnos a conocer su riqueza, especialmente a través de tantos hermanos que venían a Argentina por distintos motivos. Responsables de distintas áreas de animación, misioneros, y otros. Recuerdo particularmente la visita de Don José Aubray, y del P. Horacio Ióvine. También nos decía que podíamos decir con verdad ‘los salesianos estamos en tal país, en tal ciudad’, dado que los novicios somos parte de la congregación”.

EN LA INSPECTORÍA “SAN FRANCISCO DE SALES”

Se le confió el servicio de *inspector* de la más antigua inspectoría argentina, que con sede en la ciudad de **Buenos Aires**, abarcaba la ciudad homónima, parte de la provincia y la Patagonia Austral. Un servicio que Juan prestó desde julio de **1987 hasta 1993**. El día de la toma de posesión, en la Basílica de San Carlos, comenzó diciendo a los salesianos: “*Antes de venir a esta celebración, esta mañana temprano he querido pasar por la comunidad más numerosa de esta inspectoría, a pedirles a esos hermanos que rueguen por mí*”. Había visitado el panteón de los salesianos difuntos en el cementerio de la Chacarita.

Su vicario, por tres años, fue el P. Santiago Negrotti, que nos deja su palabra también: *“Allí comencé a experimentar la riqueza humana, espiritual y salesiana de un sacerdote de quien tanto había oído hablar, pero que hasta el momento no conocía. Comencé a experimentar con mirada atenta y satisfecha su sensibilidad y respeto por las personas, su prudencia y sabiduría en las medidas que tomaba como superior, su conocimiento de la historia y de la espiritualidad salesiana, en fin, su espíritu de fe y de piedad que transmitía en todo momento. Su persona y su presencia siempre fueron una escuela de formación salesiana para mí.*

Pero en esta situación quiero subrayar un mérito que tiene el padre Juan Cantini: la apertura de la inspectoría a la gestión laical.

Hay que remontarse a fines de la década de 1980. En el consejo Inspectorial ya se percibía el problema de la crisis en la gestión de algunas obras salesianas. Muchos colegios habían crecido en número y complejidad al tiempo que se adivinaba la disminución de los salesianos religiosos.

El padre Cantini en los años anteriores había llevado adelante una obra no sencilla. En la provincia de Santa Cruz más de media docena de salesianos trabajan heroicamente en diversas poblaciones del interior, mayormente en parroquias diocesanas. Pero vivían y trabajaban solos, no logrando satisfacer las orientaciones de la Congregación Salesiana. Entonces, en diálogo paciente con el obispo y con los interesados, logró que esas parroquias pasaran a manos diocesanas; asimismo, que los salesianos pudieran volver a vivir y trabajar en otras comunidades.

Ahora urgía encontrar una solución para los colegios. El tema que ya se había hecho presente en Capítulos Inspectoriales anteriores, se discutía en el Consejo Inspectorial. Había dos colegios (“Don Bosco” de Ramos Mejía y “Mater Misericordiae” del barrio de Congreso) que necesitaban dar un salto de calidad. Pero todavía la Congregación no se había pronunciado sobre el nuevo papel de los laicos. Como se puede imaginar, el debate en las reuniones de Consejo era muy arduo, con alternativas muy diversas. No había experiencias a la vista. El padre Cantini escuchaba y anotaba, porque la cosa no era fácil. ¿Cuál era el camino que Dios tenía preparado? La solución que pareció la más potable, fue entregar esos colegios en manos de laicos, liberando así a la Inspectoría de toda responsabilidad. Lo que hoy alguno llamaría ‘privatizarlos’. Al padre le tocó una tarea que él mismo no veía con total claridad. Pero, apoyado en la opinión del Consejo,

comenzó un diálogo con los directivos laicos de esas obras. La reacción fue muy dura. El padre escuchó y soportó –con la paciencia y el respeto que siempre lo caracterizaron– la negativa de los laicos a aceptar esa propuesta. Entonces fue cuando trajo a las reuniones otra solución: no ya el entregar las obras, sino compartirlas en corresponsabilidad con los laicos.

Ese camino aparecía como el plan de Dios. Fue aceptado y fue adelante. Cuando años después se realizó el Capítulo General 24 en Roma –dedicado al tema de la complementariedad entre salesianos y laicos– este modelo fue propuesto en la comisión respectiva y se aprobó. Hoy en día casi dos tercios de las obras colegiales de Argentina Sur (ARS) están gestionadas por laicos en corresponsabilidad con los religiosos salesianos.

Fabián Massoni, laico, afirma: “Conocí mucho al querido Padre Juan Cantini en tiempos en que fue Inspector de la ex ABA. El padre Juan apoyó mucho al Pío IX en ese tiempo en que un grupo de jóvenes educadores estábamos empezando a trabajar en la pastoral juvenil, dado que en ese tiempo la casa estaba destinada a achicarse según lo dispuesto por el Capítulo Inspectorial de 1987. El Padre Juan contra ese mandato capitular vio algo ... una intuición en el trabajo que los laicos hacíamos y nos apoyó mucho con una fuerte presencia salesiana consagrada en los años siguientes y logramos así crecer mucho en el proyecto de la Casa. Allí surgió en 1988 el MJS local y muchas iniciativas vocacionales. El era inspector y vivía al lado nuestro en Almagro, pero para nosotros era simple y cariñosamente ‘el Padre Juan’”.

En ese sexenio se vivió el “Don Bosco 88”. A propósito de eso, otro laico, Carlos Gasparri, rememora: “En marzo de 1988, centenario de la muerte de San Juan Bosco, el padre Juan Cantini, encomienda al Secretariado Regional de los Exalumnos la construcción del monumento a Don Bosco, idea que venía gestándose de hacía tiempo. Los exalumnos, encabezados por su presidente Sr. Agustín Gaggiolo, se ponen manos a la obra, fijándose como fecha de inauguración el domingo 14 de agosto.

Ese día, con la presencia de autoridades nacionales y metropolitanas, civiles y militares, alumnos, exalumnos, oratorianos, exploradores, y numerosas familias, Mons. Guillermo Leaden bendice el monumento. El padre Cantini, invitado a decir unas palabras, pensó en una oración que fue brillante, sentida, afectuosa. Reproduzco algunos párrafos de la misma”:

*“DON BOSCO, TU ESTATUA QUE VEMOS AHORA CON LOS OJOS,
 NOS INVITA A HABLARTE.
 SABEMOS BIEN QUE DESDE EL CIELO NOS CONTEMPLAS.
 CONVERSO CONTIGO EN NOMBRE DE TODOS LOS QUE ESTÁN VIVIENDO EN
 TUS COMUNIDADES EDUCATIVO-PASTORALES, O QUE ALGUNA VEZ PASARON
 POR ELLAS.
 GRACIAS POR TODO LO QUE NOS DISTE EN NUESTRA INFANCIA. ...
 GRACIAS PORQUE NOS AYUDASTE Y NOS AYUDAS A SER HONRADOS CIU-
 DADANOS. ... QUE TU MIRADA SONRÍA A TODOS LOS QUE PASEN ANTE TU
 IMAGEN.
 ESTÁS DE NUEVO EN LA CALLE: COMO ESTUVISTE EN LOS COMIENZOS DE
 TU MISIÓN, POR LAS PLAZAS Y VEREDAS DE TURÍN, ATRAPANDO CHICOS Y
 JÓVENES EN LA RED DE TU CARIÑO Y DE TU SIMPATÍA. ...
 DON BOSCO, PADRE, MAESTRO, AMIGO, PROFETA,
 SOBRE TODO TESTIGO DEL REINO DE DIOS Y DISCÍPULO DE JESUCRISTO,
 RUEGA POR NOSOTROS. AMÉN.”*

El P. Cantini deseaba imitar el corazón generoso de Don Bosco. Un día, un joven tirocinante de la obra de Tierra del Fuego, llamado Guillermo Basañes, pide ir de misionero a Angola. Se trata de una nación todavía en guerra, piensa Juan. ¿Qué hacer?. Justo estaba de paso por Buenos Aires el misionero Hno. Andrés Randisi. Juan lo llama y lo hace participar de la reunión de Consejo para que emita allí su parecer al respecto de aquel pedido. Andrés conocía a Guillermo y tras su parecer más que positivo, la presencia salesiana en Angola sumaba un hermano más. Juan visitó dos veces Angola, tras la finalización de sendos Capítulos Generales. Y todavía una tercera vez, ya retirado de todo noviciado y de todo inspectorado, con muchos más años y limitaciones de salud, fue para predicar Ejercicios Espirituales.

Otro salesiano de Brasil, el P. Nivaldo Pessinatti comparte su testimonio: *“Conocí al P. Juan Cantini, personalmente, en 1990 durante el CG 23. Antes de este tiempo de convivencia capitular, yo ya conocía su envergadura salesiana. Yo era el delegado de la Inspectoría de São Paulo y él era el inspector de Buenos Aires. En las reuniones de grupos de trabajo, como también en los encuentros de nuestra región, la palabra y las actitudes del P. Cantini siempre eran recibidas con mucho respeto y consideradas como de gran autoridad. Al principio del capítulo su nombre fue señalado*

como un fuerte candidato para regional o consejero de sector. Lo mismo pasó seis años después, en el CG 24, en donde lo noté algo más envejecido, pero su vigor y su amor a la Congregación permanecían intactos”.

EN LA INSPECTORÍA “NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO”

Entre los años **1993 y 1998**, fue *inspector* , en una inspectoría que, surgida en 1947, abarcaba gran parte del centro, litoral y nordeste argentino, y que tenía su sede central en la localidad santafesina de **Funes**, muy próxima a la Rosario que lo vio nacer.

“Uno de los desafíos que se afrontaron en ese período –recuerda el P. Jesús Sánchez– fue la decisión de asumir en la Inspectoría la obra de “El Porteño”, en Gral. Güemes, que desde el inicio de su existencia dependía de la Diócesis de Formosa. Se planteó el tema en el Capítulo Inspectorial, y la votación de los capitulares resultó afirmativa. Desde entonces la obra siguió funcionando con una comunidad de tres salesianos.

Compartiendo tareas en la sede de Funes aprendí mucho de él. Aquí subrayo la responsabilidad con que asumía sus cargos. Y también cuánto apreciaba el tiempo. En los viajes largos llevaba una madera rectangular tamaño A4 para apoyar los papeles, y así aprovechaba el tiempo escribiendo en borrador cartas, conferencias, charlas, tal vez homilias ... A la vuelta me pasaba los borradores, que yo tenía que pasar en limpio. Tarea no tan fácil, porque debido a los sacudones del vehículo el P. Juan no siempre escribía con letra clara, y más de una vez tenía que ir a preguntarle qué palabra o frase yo no entendía, luego de haber intentado largo rato “adivinar” lo que podía expresar. Él me lo aclaraba, y siempre me pedía disculpas por la letra. Y también recuerdo que una vez regresó de Formosa, tras un viaje cansador de unas doce horas y el calor agobiante de ese día, y al bajar del coche se dirigió directamente a su oficina para terminar de escribir –me imagino– algo que tenía urgencia. Estuvo allí más de una hora, y luego fue a su pieza para refrescarse. Detalles de laboriosidad incansable que en un Juan Cantini eran habituales...”

“En mi trabajo, tanto Inspectorial como nacional, con los Exalumnos de Don Bosco –relata el rosarino Juan Carlos Bressan– he trabajado mu-

cho con el P. Cantini. Lo primero que debo mencionar es su presencia en los congresos, sean nacionales o regionales. Siempre estuvo, como en casi todo lo que se organizaba a nivel de Familia Salesiana. Su presencia, su palabra en los debates, nos daban un plus. Su fiel interpretación sobre el legado de Don Bosco siempre nos orientaba.

Y además estaba la calidad de trato para con todos. Tuve muchos encuentros personales con él y siempre salí agradecido de sus consejos y opiniones. En 1995 -un detalle muy personal- al celebrar con mi esposa las Bodas de Plata matrimoniales, tuvo la gentileza de obsequiarnos los dos tomos de "Don Bosco en el mundo" la obra que por el Don Bosco 88 escribiera Marcos Bongioanni".

Recuerda el P. Pablo Kolomi: *"También fue mi inspector y era un lujo dialogar con él. El interés con que escuchaba todo, preguntaba, daba su consejo. Era una "garantía" al transmitir confianza, esperanza, seguridad".*

En 1996, el CG 24, había elegido como octavo sucesor de Don Bosco a un argentino, Don Juan Vecchi. Era el primer Rector Mayor no italiano. Al año siguiente, en 1997, visitó la Argentina. Ante tan significativo visitante, el mismísimo Presidente de la Nación -Dr. Carlos Saúl Menem- le concedió una audiencia en la Casa Rosada. Hasta allí fue Don Vecchi, acompañado de los 5 inspectores argentinos: Santiago Negrotti (Buenos Aires) Rubén Hipperdinger (Bahía Blanca) Víctor Bocalón (Córdoba) Luis Timossi (La Plata) y Juan Cantini (Rosario)

Acudimos al P. Luis Timossi para que nos comente lo sucedido en aquella ocasión: *"Recuerdo que por lo particular del encuentro, los inspectores nos habíamos puesto de acuerdo en que íbamos a dejar que el diálogo fluyera entre el Rector Mayor y el Presidente. La reunión fue distendida hasta que Menem, molesto con los piquetes de esos días, sacó el tema del obispo de Neuquén, sobre cuyo modo de actuar en el conflicto social vertió algunos comentarios bastante desfavorables. En esos días se había dado una toma del puente que separa Neuquén de Cipolletti. Igualmente, de acuerdo a lo pactado, ninguno de nosotros dijo nada.*

Recuerdo que a la salida quedamos últimos con Juan para estrechar la mano al Presidente en el saludo de despedida, y Cantini, como pidiendo un aparte, se dirigió a Menem diciéndole : 'Perdone Señor Presidente,

pero creo que no está bien asesorado en cuanto a la personalidad de Mons. Agustín Radrizzani. Yo lo conozco muy bien y doy fe de que es un hombre pacífico y un constructor de unidad'. Menem, desconcertado, quiso justificarse: 'me baso en lo que me dicen mis informantes'. Y entonces Cantini –sin dejar nunca el tono amable– le retrucó: 'con todo mi respeto a sus informantes, creo que deben informarse mejor'".

PADRE, MAESTRO Y AMIGO

Lo dicho hasta aquí alcanza para comprender cómo Juan Cantini vivió aquellas cualidades que reconocemos en Don Bosco y que estamos llamados a encarnar todos los salesianos. Una paternidad muy delicada; una particular capacidad pedagógica y una amable manera de estrechar lazos y de hacer sentir bien a todos.

Destaca el P. Walter Jara: *"Hay algunas cosas que, probablemente, comparte la mayoría de los salesianos y ex salesianos: Juan era un hombre humilde, coherente hasta en los mínimos detalles, amable y atento, con una memoria prodigiosa puesta al servicio del conocimiento cordial de las personas, criterioso y responsable de las tareas que se le encomendaron, con una inmensa capacidad para acompañar. Los que tuvieron trato con él se sentían conocidos y apreciados y recibían la palabra y el gesto oportuno. Y, al mismo tiempo, experimentaban una gran libertad porque Juan no alimentaba dependencias"*.

En cuanto a lo pedagógico, sabía preparar sus intervenciones, sea que hablara a salesianos, a laicos, a jóvenes o a determinado grupo de la Familia Salesiana. Sabía buscar la imagen ocurrente, como cuando en un retiro a posnovicios del "Miguel Rua" en 1981, describía *"la oración como un cara a cara con Jesús, y el apostolado como un codo a codo con el Señor."* Se preocupaba por la solidez del mensaje pero también buscaba poder transmitirlo de una manera que resultase ágil, moderna y en lo posible atrapante. Y en ese empeño también se dejaba ayudar.

Francisco Guevara menciona: *"Sin ánimo de decirlo todo acerca de Juan, sí rescato algunos detalles. Por ejemplo, sus abrazos, que le ayudaban a expresar su afectividad, disimulada tras su impostación intelectual."*

También la aceptación del paso del tiempo, de los cambios históricos, de las nuevas realidades, sin renegar. Entregándose todo hasta el final. Las palabras de don Bosco eran realmente como guía de su vida: 'no perder jamás ni un poquito de tiempo', 'lo óptimo es enemigo de lo bueno', 'si no se puede trabajar aquí, ir allá'.

"Tengo muy presente —dice el P. Eduardo Meana— cómo Juan venía más de una vez a pedirme que yo lo ayudara a entender algunos lenguajes de los jóvenes, algunos modismos de las palabras, y también cuál era la carga moral que tenían ciertos términos. Él era inspector de Buenos Aires y yo pastoralista en el San Francisco de Sales. Preguntaba por el significado de algunas palabras siempre con gran discreción y delicadeza, ni por asomo de un modo chabacano, sobre cosas que cuando él iba a confesar no sabía lo que querían decir. Le explicaba y desdramatizaba. Le interesaba mucho comprender el modo de ser de un adolescente y joven en el mundo. Recibía muy abierto esa ayuda. Lo admiro porque lo he visto en muy poca gente. Hay que tener mucha humildad para pedir ayuda, para querer acercarse, para reconocer los límites".

Una prueba de que un padre ama al hijo es la confianza que tiene para con él. Sigamos leyendo a Eduardo: *"Otro rasgo que me impresionó mucho de Juan fue la capacidad de confianza que tuvo en mí. Cuando me llama, teniendo yo apenas 31 años, y me pregunta si me animo a ir como director a la Escuela Agrotécnica de Rio Grande, lo primero que pensé es que los anteriores habían tenido dificultades. Por eso pregunté si no le preocupaba mi juventud. Y me respondió: 'Mirá, yo veo que vos crecés cuando uno confía en vos, y Don Bosco hacía crecer a sus hijos confiando en ellos'. No es tan fácil dar confianza. Y no es una cuestión emotivo-afectiva. No fui novicio de él, para tenerle un amor de veneración. Él tampoco nunca buscó apadrinarme, caerme bien. Siempre fui muy franco con él.*

Yo creo que tenía el Espíritu, estaba asistido por una gracia de gobierno y de paternidad, que entronca con Don Bosco y su manera de hacer crecer. No se trata de hacerse el bueno y repartir cargos, sino una intuición de lo que la persona puede dar y eso lo da la atención a la persona, el conocerla. Me sentía conocido por él. No apelaba a mí para cubrir un cargo. Intuía que mi paternidad iba a desplegarse ante la necesidad de ser padre director y eso es lo que experimenté. Sin duda fue el superior santo que más me marcó.

Algún día traté mal a una madre (época conflictiva porque el colegio por ser salesiano no apoyaba el viaje a Bariloche sino que promovía una convivencia de fin de curso) y ella se fue a quejar ante el Inspector. Reconozco mi mal carácter, tajante y brusco. Juan me llamó y me dijo: “estuve escuchándola. Te pido que vengas un día, la escuches y le pidas disculpas.” Yo –cuando me dijo eso– me quería trepar por las paredes de la bronca. Tocó mi orgullo ... y entonces le planteo que no había sido así. Me escuchó. Luego me dijo: “vos podés estar diciéndome tal cual las cosas fueron, y hasta yo podría entender que vos tuvieras una reacción desmesurada, pero aun así la persona quedó mal y nosotros no podemos hacer que las personas queden mal; hemos de intentar que las personas queden bien”. Porque él estaba a 10.000 metros de altura y yo era una avioneta que caía en picada en cualquier momento.

Se dio el encuentro. Esa persona soltó todo lo que tenía para decir. Yo le dije que le pedía disculpas. Ella agradeció al inspector. La institución me había dado el merecido. Yo quedé aplastado pero resignado. El me miró y me dijo: “Se hizo lo correcto. Gracias”. Este hecho ha influido mucho en una manera que tengo yo de mirar la formación salesiana. Y es la necesidad de intervenir. Me sirvió cuando he estado en contacto con salesianos en formación. Es el arte de trabajar, de asistir, de hablar, de corregir. A veces se da por sentado cómo hay que trabajar. Ahora como que se piensa que uno ya viene con el chip y que lo aprendió de chico en el oratorio y no es así. Porque ese arte se tiene que ir puliendo con los modos del corazón del Buen Pastor, y ese no es un corazón meramente entusiasta. Es un corazón sufrido, traspasado, humillado, ascético. Me parece que Juan tenía un corazón traspasado. El me enseñó eso en ese momento. Con los años me doy cuenta. ¡Qué unificada estaba su espiritualidad con lo pastoral, en lo pequeño, en la intervención concreta!

Nunca lo tomé como un cumplido sino como una gran responsabilidad cuando me decía: ‘entre la canción “Si Tú no vienes” y la “Te reconocemos”, vos ya cumpliste tu misión en la vida”’.

El Hno. Hugo Vera nos trasmite una de sus experiencias: “Siendo novicio en la Plata, le compartía un día lo desconcertado que me puso la lectura de la vida de Domingo Savio escrita por Don Bosco y la poca ‘buena prensa’ que hacíamos los salesianos a este pibe santo. “Juan” – recuerdo que le dije – ‘¿cómo puede ser que los cantos y las imágenes de Domingo Savio nos muestren a alguien tan lejano, fuera de la realidad y hasta

mojigato?!nada que ver a lo que relata Don Bosco!'. 'Viste?' – me respondió – “tenés la oportunidad de hacer algo para cambiar eso, el desafío de traducir lo que Don Bosco veía en Domingo a una canción”. Asumí el reto (nunca había compuesto una canción) y con el tiempo, cuando estaba en el posnoviciado, en el Miguel Rúa de Córdoba, pude plasmarla en la conocida canción que ya es de todos: nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres Recuerdo que Juan, alguna de las tantas veces que nos pudimos volver a encontrar y compartir, me supo comentar: ‘Qué bien, no te quedaste en el desafío, mirá la hermosa síntesis de la santidad salesiana que salió!’. Él sabía movilizar para que diéramos mucho más, lo mejor de nosotros”.

EN LA INSPECTORÍA “SAN FRANCISCO SOLANO”

Nos comenta el P. Walter Jara: *“El P. Cantini fue llamado a ser maestro de novicios por tercera vez, entre los años 1999 y 2004. Había culminado su servicio de inspector en Rosario y, concluyendo un discernimiento que venía haciendo serenamente, había decidido manifestar al Rector Mayor Juan Vecchi su disponibilidad para ir adonde hiciera falta. A su edad prefería ir a un lugar de lengua española y a una tarea vinculada a la formación, más allá de las fronteras argentinas.*

El Rector Mayor había decidido enviarlo a Cuba y los complejos trámites de entrada al país estaban terminados. Juan se preparaba interiormente para este nuevo éxodo.

Al mismo tiempo los inspectores habían decidido cambiar de sede el Noviciado interinspectorial que entonces estaba en Ramos Mejía. Estaba resuelto que la nueva casa sería Alta Gracia pero faltaba encontrar al maestro de novicios y esa tarea no era fácil. Unánimemente propusieron al P. Juan Cantini. El Rector Mayor, por varios motivos, se negaba rotundamente a acceder a este pedido. Juan, interrogado por los cinco Inspectores, respondía invariablemente: ‘No quitaré la disponibilidad que ofrecí al Rector Mayor y tampoco me negaré a aceptar si él me pidiera quedarme como Maestro de novicios’. Y en otra ocasión: ‘Estoy igualmente dispuesto y feliz de ir a Cuba o a Alta Gracia. No agregaré un grano de arena para inclinar la balanza en alguna dirección...’ Cada vez que se le pedía expresar su deseo volvía a repetir argumentos parecidos.

Sabíamos que su ‘indiferencia’ significaba mucho más que un ‘me da lo mismo’; en realidad hundía sus raíces en una admirable entrega a la voluntad de Dios. Por eso, si los demás vivían esta situación con cierta ansiedad y perplejidad, veíamos a Juan contento y en paz, esperando la decisión que lo enviara al lugar que Dios quisiera. Y después confirmamos la autenticidad de esa actitud cuando lo vimos dando lo mejor de sí mismo como Maestro”.

Al respecto, recuerda Don Pascual Chávez: *“Conservo viva en la mente y en el corazón una hermosísima carta que me escribió para ofrecerse como misionero en Cuba. Yo era regional de esa zona y ese gesto de generosidad me hacía feliz y me edificaba. Incluso luché porque este deseo suyo se pudiera realizar, pero Don Vecchi, al que habían acudido los inspectores de Argentina, aceptó que fuera nombrado una vez más maestro de novicios. Estoy seguro de que fue una decisión más que acertada para lo que llegó a ser la realidad salesiana argentina”.*

El P. Walter Jara, recuerda: *“Juan Cantini fue consejero inspectorial de ACO del 2001 al 2006. Excepto el Inspector, todos los demás consejeros habían sido sus novicios. Aquella mesa de Consejo fue testigo de la admiración por el antiguo Maestro y de la atención a sus criterios y puntos de vista. Pero lo que más impresionaba era la actitud de Juan : su escucha atenta, y la sincera valoración, expresada con gestos y palabras, a los pareceres de los más jóvenes. Quizás más de una vez algunas opiniones podían contradecir su mirada, pero Juan partía de lo que podía unir los corazones, iba a lo profundo, estaba abierto a la novedad, ponía al servicio de esa tarea su vasta experiencia, sin imponerla, amablemente, razonablemente. Juan hablaba bien de todos los hermanos, era discreto, humilde, centrado en las cosas importantes. También en el consejo siguió siendo Maestro. Allí se convirtió en memoria viviente conjugando el magisterio salesiano, la historia de las Obras, las razones históricas de algunas decisiones, la visión amable y comprensiva de las personas”.*

A medida que se acercaba la finalización del sexenio para el que había sido nombrado –y habiendo dialogado con los respectivos inspectores– le escribe a Don Pascual Chávez: *“El deseo que me animo a presentar es el de permanecer, concluida esta tarea, en la Inspectoría de Córdoba, e incorporarme a ella definitivamente. Con casi 77 años, desearía prepararme ya al cambio definitivo, al último viaje, a la última obediencia. Después de haber recorrido las cinco inspectorías argentinas*

(y tres europeas: Central, Romana y la UPS) veo que el ambiente más propicio para esta preparación me parece que sea este en el que ya me encuentro.(...) Si el Rector Mayor viese que este deseo puede conducir al bien comunitario, me animo a convertirlo en pedido". La petición tuvo una pronta respuesta positiva.

El P. Guillermo Cusumano tomó la posta como nuevo Maestro de novicios en 2005, y Juan pasó a la comunidad del Teologado de Córdoba, que desde 2008 pasó a ser el Posnoviciado Interinspectorial "Miguel Rua".

En el año 2005, Juan celebró sus Bodas de Oro de ordenación sacerdotal. Recuerdo que en las vísperas de ese domingo 7 de agosto tuve la oportunidad de concelebrar la misa que presidió en la capilla del Barrio "Don Bosco". Lo hizo con la unción pero a la vez la sencillez de siempre. Mientras participaba al lado suyo lo quise hacer también en nombre de tantísimos que de poder hacerlo hubieran querido estar allí.

En ese mismo año, 2005. Don Pascual Chavez había pedido a los salesianos de Argentina que afrontemos el discernimiento hacia el rediseño de la Argentina Salesiana. Un largo y arduo proceso que desembocaría en la definición de contar con 2 inspectorías: ARN, "Beato Artémides Zatti" (sede en Córdoba) y ARS, "Beato Ceferino Namuncurá" (sede en Buenos Aires).

COMO SI VIERA AL INVISIBLE

Tal vez suene muy pretencioso recurrir a esta expresión bíblica acerca de Moisés, la misma que usó Miguel Rua respecto a Don Bosco, para referirnos a la vida interior del P. Juan. Pero de lo que no hay duda es de que al menos en su caso se trató de una tensión permanente y profunda por tratar de vivirlo.

Recuerda el Hno. Máximo Herrera: *"En más de una oportunidad, Juan me comentó que entre los salmos de la Biblia, una de las expresiones que más le ayudaban a rezar es aquella que afirma "desde la aurora te busco, mi alma tiene sed de vos"; de allí brotaba que sus clases o conferencias sobre la oración fuesen magistrales. En la retina y en el corazón*

me quedó grabado el énfasis con que citaba a Moisés como quien hablaba “cara a cara con Dios, como un amigo”.

Otro testimonio es el del P. Abel Fernández Lois: *“Fueron numerosos y variados mis encuentros personales con el P. Cantini, siempre disponible a escucharme y animarme durante los años de formación inicial y permanente. De aquellos encuentros destaco dos constantes que han sido fuente de gracia para mi vida. Fue el hombre de Dios que me abrió la puerta para transitar el camino de oración, como camino de fe y de humanización. Luego, fue el Padre que me impulsó y animó, más allá de mis propias limitaciones, a predicar los Ejercicios Espirituales a los hermanos y, en particular, a los hermanos más jóvenes. Tal vez, con los años, no llegaba a comprender la complejidad de la psicología humana porque estaba en otra dimensión o frecuencia de la conciencia pero, sin embargo, se mostraba dispuesto a seguir aprendiendo de la vida”.*

Mons. Agustín Radrizzani refiere lo siguiente: *“Del querido Padre Juan Cantini puedo decir que fue una persona cuya amistad me hizo mucho bien. Ante todo por su vida de fe. De él puedo decir que vivía como si viera al Invisible. Esto lo deduzco de su semblante, por su serenidad, por sus comentarios y su visión de la Iglesia y de la Congregación.*

Siempre lo noté como un hombre de esperanza, confiando que Dios saca siempre bien aun de las sombras que llegamos a descubrir. Esta visión positiva de la historia se veía reflejada en cualquier comentario que obligatoriamente por tener responsabilidades sobre las personas, eso podía dar pie a algún comentario no tan positivo. Por eso puedo asegurar en tantos momentos compartidos, nunca escuche algo negativo de algún hermano sea mayor como tampoco de algún joven en formación. Esto, creo yo, mostraba en qué medida la caridad del Buen Pastor era la que animaba su vida espiritual”.

Francisco Guevara, fue novicio suyo y con los años lo acompañó en el equipo de formadores de Alta Gracia, comenta: *“Juan consideraba que el Noviciado era como una tanda de Ejercicios Espirituales que duraba un año, y que por ello debía cuidarse celosamente el clima del noviciado, incluso con respecto a actividades que aun siendo buenas había que ver si no escapaban al ámbito de lo más específico del noviciado. La meditación de la Palabra de Dios era algo hecho a diario, y tomaba a la Escritura como fuente de la vida religiosa.*

Comenzaba la primera conferencia del noviciado con el texto de Jn 1, 39: “Fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él ese día. Era alrededor de las cuatro de la tarde”. Aquella precisión horaria del evangelista era para él signo de la importancia de aquel encuentro.

Había textos de la Escritura sobre los que sin duda le gustaba volver: “Dios dispone todo para el bien de los que lo aman” (Rom 8, 28), “como elegidos de Dios, santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección” (Col 3, 12-14). “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes, y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido. Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, como nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10, 21-22)”.

Un ex salesiano nos confía una experiencia que marcó su discernimiento: *“Estaba yo muy avanzado en los años del estudio de la teología. Y si todo hubiera seguido su curso natural, debía pedir la ordenación diaconal. Pero venía experimentando serias dudas. Le escribí una carta a Juan. Pronto me respondió, conciso y claro: “haz de pedir el diaconado sólo si lo deseas ardientemente; sólo si brota como deseo muy hondo de tu corazón”. Seguir ese consejo dio el espacio para no dar pasos en falso y para ver más claramente dónde me quería Dios”.*

Y hay todavía otro elemento que nos aporta Eduardo Meana desde su visión y experiencia: *“Juan fue un activo y público señalador en la Congregación de la necesidad de las casas de espiritualidad. Si hubiese prosperado el proyecto de un centro de espiritualidad en Ramos Mejía (que es más que una casa de retiros) con una comunidad proactiva, yo habría sugerido que se llamase “Casa Juan Cantini”. El habló de este tema en capítulos generales. Habló con Abel Fernández, quien siendo joven bosquejó un proyecto sobre este tema.*

A mí Juan me cuestionaba: los primeros destinatarios de esa casa tienen que ser los salesianos, porque tienen un grave problema. Y el P. Viganó lo describe cuando habla de falta de espesor espiritual. Juan sostenía que lo

predicado por el Rector Mayor a los directores sobre la gracia de unidad — se editó un libro con las charlas de Don Viganó, en los Ejercicios Espirituales para los Directores en Fortín Mercedes — era lo mejor que se había dicho sobre el tema. Ese libro lo consideraba una obra de arte. Y ya veía a los laicos como destinatarios de aquello. Juan ya lo veía. Los religiosos y tantos otros animadores necesitamos un oasis así. Su santidad fue de un visionario. Soy testigo de eso.

En mi última charla con él en Casa Zatti, me dijo: “te escucho extasiado”. Como dijo de la obra en el sur cuando la visitó como inspector: “el Valdocco del sur” porque allí se reunían para retiros espirituales los chicos de las obras de esa zona. Para él cada casa tenía que ser un centro de espiritualidad. Siempre me sentí respaldado por él. Y percibo que me cuida desde el cielo”.

Juan Cantini —sea el maestro de novicios como el inspector de aquí o de allá— a la hora de “tomarse vacaciones” iba al Monasterio de Los Toldos. Allí permanecía unos cuantos días, en silencio, rumiando la Palabra, sumándose al rezo y el canto de los monjes, pasando seguramente por su corazón infinidad de situaciones y rostros antes los que le había tocado estar.

Antes de volver a Argentina, a fines de 1969 había querido vivir los Ejercicios Espirituales Ignacianos. Más recientemente, y antes de sumarse a la comunidad formadora del por entonces Teologado de Córdoba, los había realizado nuevamente en Chile. Me lo encontré poco tiempo después y me dijo: “*De aquellos primeros Ejercicios ignacianos, vividos en Europa, recuerdo que salí deseoso de acción, plena acción... en cambio, esta vez, al final de los Ejercicios, una sola palabra me venía a la mente: pobreza, pobreza, pobreza*”.

Esta confidencia me remitió a algo que él mismo me citó allá por los años 90. Luego de escucharme en confesión me dijo: “*ten presente lo escrito por el Papa Juan XXIII en su testamento espiritual: ‘la conciencia de mi pequeñez me ha hecho siempre buena compañía’. No lo pierdas de vista!*”.

Acerca de la misma experiencia nos dice algo su sobrina, la Hna María Lucía Cantini HMA: “*En el año 2005, de regreso de sus Ejercicios Espirituales en Chile, me compartió con una inmensa paz lo vivido esos días: ‘He mirado cara a cara mis miserias y he sentido la infinita*

misericordia de Dios a lo largo de toda mi vida'. Estoy convencida de que esa experiencia espiritual tan honda lo acompañó y dio nuevos sentidos al ocaso de su vida".

CORAZÓN ATENTO A LAS MISIONES

El P. Cantini que había llegado a Manucho en 1970 era un salesiano que se había ofrecido para las misiones. Dos veces, luego de sendos Capítulos Generales, visitó a los salesianos en Angola. Muchos años después se anima todavía a soñar con Cuba, como lo señalamos. En el año 2006, invitado por la Visitaduría "Mamá Muxima" de Angola, volvió al continente africano, a predicar las tandas de Ejercicios Espirituales. Permaneció allá por un mes y medio.

El misionero, Hno. Máximo, recuerda: *"Fue maravilloso tenerlo entre nosotros. Siempre sobrio. Ni una palabra de más. Las justas. Su predicación fue casi toda en base a cartas de Rectores Mayores. Después pude recibirlo en la comunidad de Benguela. Presidió la misa dominical en la comunidad de la Virgen del Rosario, al lado del mar. En la homilía reconoció que no se animaba a hablar el portugués, pero que lo único que les quería decir es que Dios los quiere mucho, mucho".*

Sobre esos días, en carta dirigida a Leonardo Palazzo -Inspector de Córdoba- dice el P. Guillermo Basaños: *"Te aseguro que gozamos mucho de su presencia en medio nuestro. Que los Ejercicios fueron muy provechosos lo expresaron todos, jóvenes y viejos, ad gentes y angoleños. Escuché decir: 'ese padre nos tocó el corazón', 'hace mucho que no teníamos Ejercicios de tanta calidad'. Muchos salesianos, prenovicios y aspirantes se acercaron a hablar personalmente con él.*

Todos conocemos el sueño misionero de Juan que nunca pudo concretar. Pero lo mismo trabajó para enviar tantos y tantos hermanos a las misiones. Yo, soy uno de esos casos concretos. Y sé que estuvo a punto de partir hacia Cuba, cuando fue 'cazado' de nuevo como maestro. Por eso, propongo que pensemos en la posibilidad de que Juan permanezca entre nosotros, en Angola, por uno o dos años. En concreto, como confesor o en el Aspirantado o en el Posnoviciado. Te comparto que en la misa de conclusión del segundo retiro ya le hice en público esta invitación y le recordé una foto de Don Cimatti, ya anciano, pelando papas con los posnovicios japoneses. Le

recordé esa foto como ícono de lo que tal vez el Señor esté queriendo para él en estos tiempos. Creo que él ya tiene edad y juicio suficientes como para pensar y contigo discernir si esto viene del Espíritu o si es simplemente una fantasía más de misioneros insaciables”.

Leonardo Palazzo, que por los mismos motivos prefería retener a Juan en la inspectoría, manifiesta de todos modos su disponibilidad a ver cómo regresaba Juan y cómo se daban las cosas. Y la salud fue el factor determinante a la hora de discernir lo más conveniente. Juan estaba próximo a cumplir 80 años, y sus fuerzas disminuían visiblemente.

De todos modos, Dios iba a pedirle todavía un “tiempo extra” como maestro. En agosto de 2007 fallece el P. Guillermo Cusumano, y con el año de noviciado a mitad de camino, se recurre al P. Juan para que conduzca a aquel grupo por esos cinco meses que aún faltaban hasta llegar a la profesión religiosa, en enero de 2008. Juan lo hizo. Puso, como siempre, lo mejor de sí, pero su salud se iba deteriorando.

EN LA CASA DE SALUD “ARTÉMIDES ZATTI”

Por eso el año 2009 ya lo encontrará en la casa de salud. En ocasión de la “mudanza”, justo se encontraba en la ciudad de Córdoba el Hno. Máximo, que cuenta: *“Gabriel Romero era director del posnoviciado, y me invitó a llevar al P. Juan a la casa de Salud en el Pío X. Fue un momento del todo especial... preparar el armario donde tenía sus libros, los libros que siempre leyó! Y se le asignó un cuarto que daba al patio, para poder escuchar a los chicos y ponerlos en su oración, como lo hizo siempre”.*

El Director de la comunidad, P. Miguel Mestre recuerda: *“Apenas llegó el P. Cantini a la comunidad, ponía mucha voluntad y esfuerzo por cumplir con las obligaciones del trabajo pastoral. A pesar de su creciente dificultad para movilizarse, bajaba al Templo o a la Cripta para confesar todos los domingos”.*

Mario Varela, responsable de la Casa Zatti, nos comenta: *“Tras haber dejado la Congregación, y con las vueltas de la vida, me encontré trabajando en la administración del colegio Pío X y dedicado especialmente a la coordinación de la casa de salud. Pasaron por allí muchos salesianos, conocidos y muy queridos para mí. Y un día me tocó recibir nada más y*

nada menos que al que fue mi maestro de novicios. Todavía recordaba con precisión infinidad de detalles. Solía citarme un canto con el que yo animaba los fogones en el noviciado.

En lo cotidiano, puedo decir que lo encontrabas casi siempre rezando, inseparable de su Liturgia de las Horas. Cumplía puntualmente con todas las horas. Recuerdo que los domingos se almorzaba en el tercer piso, con los otros salesianos del colegio. Eso a Juan lo ponía feliz, entre otras cosas, porque se daba el gusto de tomar mucha soda, toda la que quisiera. Disfrutaba con eso. Más allá de eso, o con eso justamente, no dejé nunca de ver en él a un Maestro.

Me impactó ver la cantidad de personas que se llegaban a verlo, a confesarse con él, a escucharlo. Y venían de todas partes. Por tantos sitios había pasado el P. Cantini haciendo el bien! ... Vino incluso a verlo en un vuelo privado desde Asunción, el Ministro de Educación del Paraguay, Luis Alberto Riard, ex novicio suyo también.

No podía ser de otra manera. *“Para muchos el P. Cantini fue una mediación providencial para encontrarse con Don Bosco. Fascinaba su calidez y profundidad cuando hablaba, y se podía ver, encarnada en su persona, la persona de Don Bosco y su capacidad de cuidar la vida. Por eso era frecuente, hasta en los últimos años, ver cuántos volvían a buscarlo, a consultar con él antes de tomar decisiones importantes. Era un punto de referencia seguro para volver a la fuente y animarse en el camino”,* recuerda el P. Walter Jara.

En mi caso, formé parte de los novicios del primer año de La Plata. Luego de profesar en 1980, todos los años sea por carta o por algún providencial encuentro le comunicaba al P. Maestro cómo andaba y cómo me sentía. Esa fue nuestra praxis por muchos años. Ahora ya estábamos en la misma ciudad: él en la casa de salud, perdiendo fuerzas y yo en la Residencia Universitaria en plena acción. Cuando me llegaba a verlo siempre le acercaba una caja de “TITA”, golosina que se había convertido en su debilidad. Luego me enseñaron los enfermeros a llevarle sólo una o dos, y la caja la guardaban ellos, porque si no al P. Juan le costaba dominarse. Este tipo de detalles –tan natural y hasta simpático en definitiva– que tantos hijos advierten en sus padres ya mayores, hacía que la imagen y el cariño por mi padre Cantini crecieran aún más.

La Hna. María Lucía da fe de que *“la comunidad y sus hermanos fueron el corazón de su entrega y su misión. Sus relatos de sobremesa estaban sembrados de nombres, de anécdotas e historias que se nos iban haciendo familiares. Juan no se reservó un instante de la vida para sí. Así lo conocimos en nuestra niñez, y así lo acompañamos hasta el final. Cuando al visitarlo en la Casa Zatti, ya en la última etapa de su ancianidad, le preguntaba cómo estaba, qué necesitaba, con insistencia me repetía: “Tengo más de lo que necesito, tengo demasiado; tengo el cuidado y el amor de mis hermanos”. Su “jaculatoria” desde el 2009 al 2011 fue: ‘Espero tu retorno, Señor, para abrirte apenas llegues y llames a mi puerta’ (Lucas 12, 32-48)”*.

Transcribo ahora la palabra de dos salesianos, ambos obispos, que lo visitaron en esos tiempos; primero la de Mons. Agustín Radrizzani: *“Algo se me quedó muy grabado en el último encuentro que habíamos tenido en Bernal, antes de que la Providencia nos distanciara. Él me hizo una magnífica radiografía de los hermanos y al concluir me dijo: ‘mirá Agustín, pasan los años y al final te das cuenta que lo único que cuenta es la vida es amar a Dios y amar al prójimo”*.

“Y más recientemente, ya era obispo, estaba en la ciudad de Córdoba y quise ir a saludarlo. Llegué al comedor y creí que estaba en silla de ruedas. No solo se alegró de verme sino que estaba concluyendo el almuerzo, le trajeron el postre que era queso y dulce. No recuerdo los temas que hablamos pero sí recuerdo que fue una conversación muy agradable. Después de un rato largo, y ya todos habían acabado, cuando le dije: ¿No comes el postre? Él me respondió que le agradaba más ese momento compartido que cualquier postre. Recordé la vida de San Agustín escrita por Posidio donde dice que Agustín vivía tan pendiente de quienes lo acompañaban en la comida que el santo con frecuencia dejaba de comer atraído por la conversación de quienes compartían su mesa”.

Y el recuerdo de Mons. Marcelo Melani: *“Pasé a visitarlo en la Casa de enfermos en Córdoba. Me pidió que me sentara al lado suyo y me dijo ‘A ver si yo salgo de Esquel para ir a... Paso por... y después por...’ recordaba todos los parajes de la enorme Parroquia de Esquel que él había visitado en los años 70... Me asombró la claridad de su recuerdo. Y no era solo cuestión de memoria, sino de cariño”*.

Acerca de sus últimas horas, nos apoyamos en el relato del P. Octavio Peveraro: *“Es razonable que un hijo quiera estar presente en las últi-*

mas horas de vida de su padre. Seguramente que muchos de los cientos de novicios de Juan hubieran querido estar al lado suyo para darle el último adiós, el beso y la Unción del Señor. ¡Vaya a saber por qué me tocó a mí estar en ese momento!. La enfermera que lo estaba cuidando notó algunas señales de agravamiento. Salió en búsqueda de algún salesiano y me encontró a mí. No sopesé la gravedad del momento. Fui más que nada para aliviar a la enfermera en su preocupación. Le administré la Unción de los enfermos y creo que fue mientras rezábamos el Padre nuestro que dejó de respirar. En ese momento me sentí muy agobiado, porque no tuve el mejor ánimo para despedirme de quien se merecía lo mejor de mí.

Una de sus últimas enseñanzas me las dio estando en casa Zatti, cuando le hice una consulta sobre el proyecto de dedicarme al estudio de las Escrituras y su respuesta fue esta: “total disponibilidad a la voluntad de Dios manifestada en las mediaciones de la congregación”. Si algo caracterizó a Juan fue su profunda honestidad y coherencia con las Constituciones. Si hoy tuviera que darle la Unción se la daría no con aceite, sino poniendo sobre su frente y sus manos lo que tanto amó y enseñó: las Constituciones Salesianas”.

Era la noche del jueves 14 de julio de 2011. El Inspector de ARN, P. Manolo Cayo enseguida comunicó la noticia a la inspección, a toda la Región y al Rector Mayor. El mensaje enviado por Don Pascual Chávez ya fue asentado en diversas partes de esta semblanza.

El Vicario General, Don Francesco Cereda, expresó: *“Don Cantini é stato una grande figura salesiana non solo per l’Argentina, ma anche per l’UPS e per la Congregazione. Alla sua scuola, come Maestro dei novizi, si sono formati tanti salesiani. Io l’ho incontrato alcune volte, soprattutto attraverso don Angelo Viganó. Particolarmente durante il CG 24 abbiamo condiviso tante volte la nostre riflessioni e esperienze. Nelle visite che ho fatto in Argentina, lo sentivo, sempre positivo e fiducioso nel futuro della Congregazione. Era affascinato e entusiasta di Don Bosco: questo era ciò che mi colpiva di piú. Era un vero amico...”*

El P. Horacio López, desde Roma también, escribió: *“¡Se fue el Padre Maestro! A los que fuimos sus novicios –¡tantísimos!– nos enseñó sobre todo a amar a la Congregación. Él fue un hombre de Congregación: se quedó verdaderamente con Don Bosco y toda su vida fue gastada–entregada por la Congregación. Cada uno de nosotros, que tuvimos el regalo de estar tan cerca de él, le debemos gran parte de nuestra vida salesiana. Estoy feliz por Juan que estará ya celebrando el Banquete que dura para siempre junto a Aquel por quien vivía”*.

Don Guillermo Basaños, en ese momento Regional de Africa y Madagascar, le escribe al P. Manolo: *“Ya les acaba de escribir el Rector Mayor. No me queda más que adherirme 100% a todo lo que Don Pascual refiere. Sinceramente, si me pongo a hablar de él ... por dónde empezar? ... y cómo acabar? ... Creo no exagerar si digo que, después de Don Bosco, el Padre Cantini es el salesiano que más he amado y amo”*.

Dejo para el final de este texto y casi como una oración y homenaje, las palabras que el Inspector, P. Manolo Cayo, escribió al Padre Cantini a la hora de su partida. Allí Manolo le habla en nombre de todos nosotros.

P. ÁNGEL AMAYA SDB
CASA SALESIANA SAN JOSÉ – ROSARIO

Salesiano Sacerdote Juan Alberto Francisco Cantini

- Rosario, 12 de marzo de 1928.

- Córdoba, 14 de julio de 2011.

Falleció a los 83 años de edad, 64 de salesiano y 56 de sacerdocio. Fue por 19 años Director y por 18, Inspector.-

Esta noche nos ha dejado nuestro queridísimo hermano,
el Padre Juan.

El corazón le dijo basta y se fue sereno a compartir el Oratorio del Cielo con Don Bosco y los suyos, contemplando cara a cara al Señor de la Vida, acurrucado en los brazos de la Auxiliadora.

Podemos decir con todas las letras que con él se nos va un Padre, un Maestro y un Amigo; un salesiano entregado de corazón, un referente para toda nuestra Familia en la Argentina.

Nos llena el corazón de pena despedir a alguien tan significativo, pero creemos más que nunca en la Vida que nos ha regalado Dios en el Crucificado-Resucitado. Sabemos que ahora tenemos un hermano más que intercede por nosotros, que sigue acompañando cercana y cariñosamente a cada uno de nosotros, sus hijos, como siempre supo hacerlo.

Sabemos que decir esto es decir muy poco de Juan, que su vida no pasó por los cargos que desempeñó, sino por el modo con el que transitó por todas estas responsabilidades y servicios. Muchos hermanos nos hemos quebrado hoy al enterarnos que ya no está entre nosotros, es un sentimiento de tristeza esperanzada y agradecida... lo más parecido a la orfandad... No exageramos.

Por eso damos gracias a Dios por el hermoso regalo que nos ha hecho en Juan, en su vida, en su testimonio de hombre consagrado a Dios, entregado a Él de una pieza, viviendo intensamente en comunidad, íntegramente al servicio de la misión juvenil... "En un único movimiento de caridad".

Seguramente nos estará nombrando delante de Don Bosco a cada uno de nosotros, a todos los que él cruzó en su vida (y somos muchísimos), seguros de que con su cariñosa y firme memoria no se olvidará de nadie... de nadie.

Querido Juan, nosotros tampoco te olvidaremos.

¡Un abrazo hasta la eternidad!

Tus hermanos salesianos de Argentina



Salesianos de Don Bosco
Argentina Norte
Inspectoría "Beato Artémides Zatti"

ISBN 978-950-514-838-7



9 789505 148387